

de nuestros días entienden por libertad, estimando estos no mas, por bastado para hacer justicia a sus criminales errores. Un paralelo análogo ha hecho comprender la diferencia que existe entre la igualdad i la fraternidad cristiana, que se fundan sobre la caridad, i esa otra igualdad, esa pretendida fraternidad que solo tiene por objeto sacar los apetitos materiales. Los Padres, despues de haber mostrado así la luz a los fieles, les recomiendan desconfien de los que se cubren con la piel de oveja para penetrar en el rebaño.

Sentimos vivamente no poder presentar traducido el texto de estos dos decretos; ellos nos han parecido de grande importancia no solo por la concision i fuerza de los argumentos, sino aun mas por su interesante actualidad; pues son una refutacion perentoria de esas falsas ideas que se han como desbordado en estos últimos años i que han estendido sus estragos hasta entre los católicos.

[E Univers nim. 1289.]

VERDADEROS

Importancia de la erudicion en el siglo 19.

1956

XI.

EL PROFESOR DE HISTORIA.

El profesor de historia tiene alta importancia en la jerarquia docente, i la autoridad que su palabra adquiere, está en relacion con el interes tan poderoso que se ha unido constantemente a los estudios históricos. Si hai en efecto alguna ciencia que merezca ser permanente objeto de las meditaciones del hombre, es sin duda, aquella que bajo una multitud de respetos, es la base de todos los conocimientos, i que particularmente en el día, puede gloriarse de verse rodeada del mas sincero i universal culto. Esta ciencia ha sido llamada con toda exactitud, *testigo de los tiempos, luz de la verdad, maestra de la vida, memoria de la antigüedad*, sin la cual el género humano perdiendo con los recuerdos de lo pasado la conciencia de sí mismo, veria bien pronto ataquillar todos sus nobles instintos en la limitada ocupacion de las cosas presentes. Los antiguos la representaron como la rectora de las Musas, coronada su frente con una diadema, i teniendo en las manos un libro inmortal. Para justificar los brillantes emblemas con que los antiguos i los modernos han querido manifestar su importancia, scáame permitido considerarla relativamente a su estension i a su glorioso objeto.

La humanidad no es de ayer; entre los renuevos de la familia humana existe un parentesco íntimo, cuyos vínculos son indisolubles, una filiacion continua que atravesa todas las edades, de tal modo, que los pueblos son una sola familia que renace sin cesar, un solo árbol que se cubre cada día de nuevas ramas, i que produce nuevos frutos. De este punto de vista aparece una magnífica union entre lo pasado i lo futuro, union cuyo sentimiento está en nuestra alma, en la cual hace brotar las mas dulces i puras afecciones: sentimiento generoso que nos conmueve vivamente al oír la sencilla narracion de las nobles acciones de nuestros padres que hacen temblar nuestros corazones en presencia de los grandes ejemplos de nuestros antepasados, que nos fija tan fuertemente a la patria en que nacimos i en que descendan las cenizas de nuestros progenitores: sentimiento que forma uno de los mas poderosos vehiculos de nuestra civilizacion, produciendo a un mismo tiempo la gloria i el estímulo de las cosas grandes. Considerada la historia bajo este aspecto, ¿no deberá aparecer para nosotros como verdadero e indispensable elemento social, ligado con nuestra nacionalidad i con la constitucion, las leyes, las costumbres i la ensenanza de la sociedad, como solemne testamento, conforme al cual las generaciones que viven toman posesion

de la herencia moral e intelectual que les fué legada por todas las que les han precedido? Considerada igualmente como para llegar a su objeto, evoca todos los hombres i todos los acontecimientos que han hecho algun ruido en el mundo; cómo escribe con atencion todos los efemérides de los pueblos, i traza todas las faces de nuestra constelacion. Nada se escapa a sus miradas; interroga todas las cenizas de los imperios, escudriña todos los monumentos, todos los sepulcros, todos los santuarios, escucha todas las relaciones i tradiciones, i desentraña todas las leyendas, cubiertas de polvo, de los pueblos que fueron. No solamente dibuja su huella esas revoluciones, esos dramas sangrientos, esas catástrofes, esas violentas esplicaciones que han trastornado todo el órden social hasta en sus fundamentos, sino igualmente aquellas misteriosas influencias de las doctrinas, aquellas progresos lentos i sucesivos de las diversas civilizaciones de todos los pueblos que componen el globo.

Mas, la historia no abraza tantos objetos, para satisfacer una vana curiosidad: sabe que debe dirigirse a un fin mas noble, que tiene una mision que desempeñar, i que tiene por su parte que contribuir a la mejora de la especie humana: así sus órganos fieles creen no haber hecho cosa alguna si apenas han pintado la superficie del mundo i los hechos materiales que se efectúan en el género humano: preciso es que nos manifiesten las pasiones i las tendencias generosas, las virtudes i los crímenes que hacen obrar a los hombres, i que son las causas primeras de ese grande i perpetuo torbellino que arrastra consigo los individuos i las sociedades en tan contrarias i tan decisivas direcciones: preciso es que nos suministren todos los datos necesarios para profundizar ese misterio de la naturaleza humana, escollo de la filosofia antigua, esa mezcla de instintos sublimes i de inclinaciones brutales que es el patrimonio del hombre desgraciado: ¿qué digo! no basta aun, diseñar la lucha de la verdad i del error, del crimen i la virtud, pugnando sin cesar en el mundo: la historia tiene el deber de hacer brillar a nuestros ojos la aurora de un mejor porvenir, dejámonos divisar en el fondo del cuadro la mano del Artista eterno que todo lo coordina para su gloria i para felicidad de los escogidos. Con razon, pues, ha dicho un escritor católico, que *la historia es el conocimiento de los actos i de los pensamientos del género humano caído, pero rejenerándose bajo la influencia de la accion divina*.

I, en efecto; si no cuidais de hacer dominar en vuestras relaciones un grande pensamiento moral, si dejais de dibujarnos la accion providencial de Dios en los acontecimientos humanos; ¿no perderá la historia la autoridad de sus enseñanzas i la majestad de su palabra, si se la reduce únicamente a registrar épocas i fechas, a baciarse nombres propios, despojándola de esas observaciones del conjunto que esplican toda una época, i no tomando por punto de partida sino las ideas falsas e inciertas de una filosofia mentirosa i limitada a la tierra? Si: ¡ay del historiador que explora el océano de las edades al ruido de las olas i de las tormentas, i no mira jamás al cielo! Al recorrer esta masa de acontecimientos, que son a sus ojos nada mas que los efectos de una lei inmutable, resultados unánimes del pensamiento, caracteres jeroglíficos de un monumento colocado en una vasta soledad; ¿no nos representará al hombre como el huérfano de Dios, puro hijo de la tierra, juguete de la inexorable i ciega necesidad; i al género humano como un casual amontonamiento de seres desdichados que ofrecen las mas inexplicables contradicciones?...

No sucede lo mismo con aquel que hace salir la historia del estrecho círculo de un racionalismo rastreado, i que abriendo su antiguo e inmenso horizonte, revela a la luz del principio divino, las causas primeras i las tendencias de los fenómenos que llenan los fastos del mundo: a él, i exclusivamente a él toca remontarse a las fuentes primordiales de

los hechos, enseñar la filosofía de la humanidad, establecer las relaciones de los innumerables accidentes de la naturaleza humana, con la acción incesante de aquella Suprema Providencia que preside a todo el curso de las cosas de la vida, que se habla de la prevision i de la política de los pueblos, de la sabiduría de sus dueños i del poder de sus opresores.

¿Cómo no hemos de conocer por estas señales, al príncipe de los historiadores, al majestuoso biógrafo del género humano, al inmortal Bossuet? El apareció en el mundo con una autoridad imponente como un juez sentado en lo alto de los cielos, teniendo en sus manos el orden de los tiempos: miradle como desenmaraña el caos. ¡cuán admirable revista hace de todos los pueblos! ¡Cómo vienen uno en pos de otro, cada uno en su idioma i traje respectivo, a manifestar su debilidad, i a contesar que solo Dios es grande! En vano intentan detenerse i hacer alto: marcha, marcha, dice, al Egipto, a la Asiria, a la Grecia, al mismo imperio romano, i a todos esos reinos famosos, a todas esas repúblicas turbulentas que aparecen i desaparecen al tiempo preciso, a la señal dada de lo alto, para preparar los caminos a la grande unidad de la Iglesia.

¡A la verdad; cuando se considera el espacioso recinto en donde, a la faz de los despojos de tantas generaciones estinguidas, el génio de Bossuet abre el santuario de la eterna Providencia i profiere sus oráculos, ¿no se siente uno conmovido vivamente como cuando se adelanta a pasos lentos en la majestuosa i vieja Roma, en donde penetrando la voz de lo pasado el osario inmensurable de todos los imperios destruidos, i formando armonía con la voz santa que habla a la ciudad i al universo, proclama en acentos esforzados los derechos del Altísimo, las enseñanzas de lo futuro, el dedo vigilante de la inmutable Sabiduría i las esperanzas de la humanidad llamada a su regeneración?

Después de todo esto, fácil es concebir, cuán rico fondo de conocimientos útiles, propios para elevar el alma i formar el corazón, puede dar a sus discípulos un profesor de historia instruido en la escuela de Bossuet, que en sus graves doctrinas hace resaltar la presencia incontestable de la Providencia en todas las escenas de este mundo; pero por desgracia, se han extraviado en esta materia, como en muchas otras, de la ruta abierta por la filosofía cristiana; se ha querido *secularizar* la historia, desterrar a Dios de sus vastos dominios i destrozár sin lástima todos los vínculos de la sociedad con el cielo: así es que a historia en vez de ser un punto de apoyo para la fé, un tesoro de instrucciones útiles a la moral, se ha convertido en escuela de fatalismo, ha venido a ser un manantial de errores i perarcepciones odiosas contra el cristianismo. (1) ¿Quién podría determinar todos los estragos que han hecho en las filas de la juventud francesa, ciertos historiadores modernos!

La preocupación que se ha recibido en una escuela histórica, i que un diestro sofista ha tenido cuidado de adherir a la autoridad de los hechos, desplegando el aparato de un sistema brillante, adquiere la mas alta sanción a los ojos del joven educando, permanece para siempre grabada en su alma con todos los recuerdos de su imaginación férrea i viva, i no puede arrancarse de su espíritu sino por los prodigiosos esfuerzos de su razón mas ilustrada, i aun todavía queda alguna cosa.—(Continuará.)

(1) Los trabajos de la escuela histórica moderna son admirables, ya como descubrimientos, ya como métodos; pero les falta movimiento, utilidad, progreso i vida; les falta la verdad que pudiese guiar sus incertidumbres, dar impulso a su marcha, objeto a su actividad i poder efectivo a su enseñanza. Todos estos trabajadores de la tierra han carecido del benéfico sol de lo alto, i del rocío abundante que refresca i fertiliza; han carecido de la fé, i con ella, de Dios igualmente.—[Henry de Ranccéy, *Curso de Historia general de la antigüedad*.]

Adoración de las lágrimas.

Yo, pobre, enfermo, débil, ignorante,
De una asquerosa lepra llena el alma,
Me postro humilde i trémulo delante
De Dios, que puede darme paz i calma.

Muchos fueron, Señor! los tristes días,
Lo mas florido de mi edad lozana,
Gastados en culpables alegrías,
En torpe amor, i entre soberbia vana!

El tesoro de amor a tí debido,
Disipé en las criaturas, desgraciado!—
¿En qué senda de vicio no he corrido?
¿Qué caliz de Sodoma no he libado?

Salud—fuerza—vigor—inteligencia,
Dones preciosos tuyos, solo fueron
Armas que contra tu alta i pura Esencia,
Solo para ofenderte me sirvieron!

Hoy aun es el tiempo! que en mi pecho acude
De la vida la placida centella;
I mañana tal vez ya seré tarde,
Si el mudo corazón la muerte sella.

Hoy, pues, a tí, Señor, vuelvo del todo:
Quiero borrar mi culpa con el llanto;
Quiero alzarme hácia tí desde mi lodo
I el desprecio pagar con amor santo!

Quiero llenar de tí mi pensamiento;
Quiero arder de tu amor entre la llama;
Quiero ofrecerte hasta el menor aliento;
Quiero probar que el corazón te ama!

Públicos quiero hacer entre la jente
Los bienes que me haces i me has hecho,
Consagrándote yo todo mi pecho
Fama i salud—i corazón i mente!

Anonadado estar siempre quisiera
Delante de tu Esencia ¡oh Dios inmenso!
I como grano de oloroso incienso
Para elevarme a tí, Señor! ardiera.

Concedeme que te ame ardentemente:
Cuanto el humano corazón alcanza;
Que tenga fija en tí siempre mi mente,
I solo en tí fincá mi esperanza!

Conduceme, Señor! porque soy ciego;
Sana mi alma, Señor! porque está enferma;
I cual blando rocío en rejion yerma,
Llueva en ella tu paz i tu sosiego!

Los ídolos que alzara en mi locura
A insensatas pasiones en mi pecho,
He de destruir; i alzar una ara pura
Do rinda adoracion al que me ha hecho!

Ese será desde hoy quieto santuario
Al que cada hora en mi dolor acuda,
Por consuelo, por paz, por luz i ayuda
En la lucha tenaz con mi contrario!

Ubeque, abril de 1850.

J. J. Ortiz.

AVISO.

Por enfermedad del infrascrito Sindico del Seminario Conciliar de la Arquidiócesis, se ha encargado desde hoy de la Sindicatura como Sindico sustituto, con la aprobacion i formalidades necesarias, el Sr. Fernando Caicedo Camacho.

Bogotá 12 de octubre de 1850.

CAMETANO NAYARRO.